



Jugando a los guerrillos

Maestra rural y activista de derechos humanos, Soledad tuvo que dejar San Antonio del Táchira para proteger a sus hijos. Marcaron su casa, la persiguieron y amenazaron, pero nada de eso la hizo sentir tan mal como cuando vio a los niños en la calle jugando a los “guerrillos”. Héctor, un retornado del covid19 estuvo 18 días en un refugio, en el que tenía apenas tres minutos para usar el baño.



Jugando a los guerrillos

MARUJA DAGNINO

Junio de 2020.- Soledad era docente en una escuela rural, donde había niños de muy bajos recursos económicos, con mucha vulnerabilidad. El problema comenzó cuando llegaron grupos irregulares a la frontera y ocupaban zonas rurales. Por la pobreza los jóvenes dejaron de ir a la escuela, y se unieron al contrabando de la gasolina. “Los guerrilleros permitían pasar por las trochas sin pagar, para después cobrarles los favores, obligarlos a comprometerse con ellos”.

En vista de que Soledad quería que volvieran a clases, que no se desviarán de su ca-

mino, les advirtió que “los grupos irregulares eran malos”, que “no se metieren en eso”, que “todo lo que está al margen de la ley es malo”, que “eso destruye al ser humano”, y “todas las cosas que uno les puede decir”. En vista de que la guerrilla se apoderó de la zona, decidió retirarse de la escuela y comenzó a trabajar más en una organización de derechos humanos de la que ya formaba parte.

“Allí todo el mundo me conocía, y me llamaban para denunciar cualquier situación irregular. Mi nombre empezó a sonar y también el de nuestra organización, pero a nadie que

esté al margen de la ley le gusta eso. Uno es un problema para esos grupos”.

En San Antonio habían empezado los cacerolazos, las protestas, se había convocado a una vigilia y, para sorpresa de todos, los colectivos llegaron disparando en medio de la noche, y uno de esos disparos le dio a una niña de 15 años, una deportista de alto nivel en patinaje, que había viajado por todo el país para representar el estado Táchira.

“Esa información llegó a la organización y fuimos a la radio, comenzamos a denunciar, y a partir de allí se inició la persecución en nuestra contra. Nos marcaron las casas, nos decían que nos fuéramos de allí, que nos tenían vigilados, que ellos son los colectivos y son los que mandan. La cosa se hizo cada vez más dura hasta que ya no tenía vida. Iba al supermercado y ellos lo seguían a uno. Por donde uno iba ellos pasaban. Ya conocíamos el carro”.

“El líder es un tipo a quien llaman Cachú, pero su nombre -dice- es Oscar Rangel. Él pasaba por donde estuviéramos reunidas, y nos grababa, trataba de buscar gente allegada a nuestra familia para mostrarnos que nos tenía en la mira, la profesora, que es fulana de tal, sale a tal hora, tiene dos hijos, cosas que ya iban en contra de mis derechos. Violentaron todos mis derechos. Conocían todos nuestros movimientos. Sin embargo, nosotras seguíamos denunciando por las redes que ellos estaban afectando nuestra calidad de vida y nuestra integridad. Que estaban endulzando a los jóvenes para que hicieran cosas malas, y así como nosotras denunciábamos ellos nos señalaban. Hasta que me tocó salir de la frontera por temor, por los hijos, porque cuando ya uno no tiene seguridad donde nació es mejor irse”.

Soledad se fue a otro estado con sus hijos. Su decisión fue violenta, porque ya estaba aterrorizada. Las amenazas se cernían sobre ellos. Los seguían al colegio y les daban vuel-

tas. “Así uno quiera mucho a su pueblo y a su gente cuando le tocan la familia la cosa se pone apretada”.

Una marca en el corazón

A Soledad le marcaron la casa como lo hacían los nazis contra los judíos. “Es una sensación muy fuerte ver una agresión de ese tamaño. ¡Fuera!, decía el mensaje”. También les cerraron las puertas de la radio. “Una vez fuimos a un programa y nos dijeron que no podíamos volver, porque habían amenazado con mandarlos a cerrar la emisora. Cosas así nos han venido pasando, a mí y a la organización. Llegaban amenazas personales, nos mandaban a decir que nos quedáramos tranquilas, que nosotras teníamos hijos”.

“Si se iba a hacer una actividad porque no hay luz, entonces nos mandaban el SEBIN a la puerta de nuestras casas para que no fuéramos, y salíamos igual con la camisa de la organización. Lo peor que a uno le puede pasar es vivir con miedo. Porque a veces uno se expone, pero cuando le tocan a su familia, a sus hijos, que no son responsables de los actos de uno, es otra cosa. Llegamos al punto de que salían de la casa y los seguían. Y si cruzaban la calle pasaban en la moto como diciendo ¡dígame a su mamá que aquí estoy!”.

Soledad sentía que el pecho se le trancaba, que le costaba respirar, que cuando sus hijos iban al colegio se volvía un solo nervio. No podía concentrarse en nada. El mundo se le fue reduciendo. “Yo, no me quería ir, pero es demasiado cuando uno se levanta y abre la puerta y ve su casa rayada. Y cuando eso pasa y usted busca quien grabe eso, y denuncia, y usted dice que por qué hacen eso, las amenazas se vuelven más y más personales”, es hora de dejar todo atrás.

En la zona donde estaba su escuela, ya los alumnos son presa de la guerrilla. No faltó alguno de ellos que la alertara de cierto modo

cuando le decía que Dios los librara de que le ordenaran hacer algo contra ella. “Quédate quieta, no se meta más en problemas, me decían, y eso asusta de verdad”.

Ella no es la única que ha tenido que irse de su propia casa, del pueblo donde nació, donde tiene sus primeros afectos. “Hay familias a quienes meten a sus casas, hacen una fiesta, y ellos entran a juro y tienen que darles licor y atenderlos como invitados. Eso es otro nivel. Esos tipos se apoderaron del pueblo, y hoy soy yo, pero mañana es otro, y después es otro y otro”.

Soledad no se halla fuera de San Antonio. Ha tenido que trabajar como buhonera, teniendo una profesión, y apenas 40 años de edad. “No le voy a negar que yo quiero volver, pero tiene que ser que mi familia ya no esté allá. Aquí es tremendo lo que me ha tocado. Es un cambio para los hijos, para uno. Ellos se retrasaron un año escolar por la mudanza, pero no podía esperar. Me tenía que ir ya”.

Esa mudanza fue un giro de esos que nadie desea. Un cambio forzado. “Empezar de cero, trabajar en eso, no porque el trabajo sea una deshonra, pero cambió mi vida mil por mil. Era alejarme o que se llevaran a alguno de los míos”.

Delincuencia corporativa

Los “irregulares” son los nuevos súper héroes de la frontera. Los niños juegan a los encapuchados, a los guerrilleros. Es la nueva cultura urbana. “Los grupos irregulares salen a las calles encapuchados, con máscaras, como si fuera algo normal, y lo que da miedo es que ya los niños se cubren la cara para jugar y dicen ¡Yo soy guerrillo!”.

El ELN, el SEBIN y los colectivos trabajan en la construcción de su régimen al margen de la ley, pero no del Estado. No solo no se pisan la manquera, sino que comparten y se reparten las actividades económicas, y juntos someten a los ciudadanos. “Ellos son la ley. Son prácticamente la misma gente. Aquí un colectivo es también guerrillo. Tienen el control de las trochas, sobre todo del contrabando de gasolina, que es lo más rentable. Cuando alguien convoca a una actividad, ellos llaman a toditicos los mototaxis y llegan encapuchados para que la gente se asuste y no salga. A uno de los líderes, el que tiene más poder y es más violento, lo llaman Cachú, un dirigente del colectivo, pero también guerrillo. Ellos ya son los que mandan. Ponen a la gente a limpiar, a hacer lo que ellos digan, como en un cuartel, y nadie puede decir nada”.

A los paramilitares los expulsaron. No el Estado, sino los otros grupos irregulares. “Antes, en San Antonio, estaban los paracos, pero llegó la guerrilla y los sacó para Colombia. Ge-



neralmente, cuando usted escucha tiros en el puente [Simón Bolívar] es un enfrentamiento entre guerrillas y paracos”.

Pero sobre el horror a veces nace la esperanza. Ni todos son tan malos, ni todos son tan buenos. “Cuando Maduro declaró la emergencia y cerraron las fronteras, Vielma Mora marcó los ranchos de los colombianos, incluso de los que tenían cédula (porque Chávez se las sacó para que votaran por él). Les tumbaron los ranchos, les robaron las pertenencias. Esa gente iba con niños por ese río, pasando la trocha. Había gente que no se quería ir, pero entraron a las casas, les quitaban las cosas. Nosotros, los de las organizaciones, teníamos amigos guardias y hacíamos las arepas, se las rellenábamos y se las mandábamos. Los guardias se las metían dentro de los chalecos, dentro del uniforme y se las daban a escondidas”.

Héctor: El campo de concentración fue su refugio

Héctor Manuel tuvo que irse de Venezuela porque en su casa faltaban cosas y no había cómo obtenerlas, ni había fuentes de empleo, pero en medio del confinamiento por el covid19 se quedó sin trabajo en Bogotá y tuvo que regresar. Llegó en el momento justo, porque después de haber pasado la frontera se volvió una quimera el ingreso al país.

Cientos de personas se encuentran en La Parada, del otro lado del puente Simón Bolívar, sin comida, sin agua, sin techo, esperando regresar al lugar donde nacieron o se criaron, o donde al menos tienen sus afectos y algún techo donde vivir.

Cuando llegó, revisaron sus antecedentes, le hicieron una prueba rápida de corona virus, revisaron sus pertenencias, lo reseñaron, lo llevaron al terminal de pasajeros, que es el lugar desde donde distribuyen a los retornados hacia los diferentes refugios, y lo enviaron a un Punto de Atención Social Integral (PASI). Pero

la experiencia de Héctor Manuel en ese hogar transitorio fue traumática. Dice que, aunque ha vivido cosas feas, esta ha sido su peor experiencia.

Los refugios están custodiados y coordinados por guardias nacionales que no tienen la más mínima calidad humana, y los dirigen como si fuera un cuartel. O, lo que es peor, como una cárcel, o como “un centro de concentración”, dice Héctor. “Nos tratan como si fuéramos delincuentes”.

Cuando uno cree que ya llegó las cosas pueden ponerse muy feas. Una colchoneta sucia en el suelo bajo una carpa inmensa, fue la cama en la que tuvo que dormir durante 17 noches, aun cuando el tiempo reglamentario para el confinamiento en los refugios es de 14 días. Y tuvo suerte, porque hay pocas colchonetas para tanta gente. No había pruebas PCR, que es el examen que deben practicarles para darles la libertad, como si fuesen en realidad delincuentes o prisioneros de guerra.

Cuando llegó el día 15 y no había noticias de la prueba, el grado de estrés era insoporrible. Bajo un clima de 40 grados (unos 37 a la sombra), el joven de 30 años solo podía usar el baño durante tres minutos. La comida, “que era como para animales, muchas veces solo arroz, la servían cuando se acordaban. Repartían el desayuno después de las 10 de la mañana, el almuerzo a eso de las 5 de la tarde y la cena a veces entre las 11 de la noche y la una de la mañana. Los que no tienen plata para comprar algo afuera tienen que pasar hambre, y los que tienen, ruegan a Dios para que les alcance”, dice. “Para colmo, no se cumple el distanciamiento social, aunque yo no me acercaba a nadie. Lo único que podía hacer era esperar todo el día sentado”.

“Siento que este ya no es mi país, que aunque nací y me crié aquí, hace tiempo me rechaza, me expulsa, me trata como si mi vida no valiera para nada”.

Maestra rural y activista de derechos humanos, Soledad tuvo que dejar San Antonio del Táchira para proteger a sus hijos. Marcaron su casa, la persiguieron y amenazaron, pero nada de eso la hizo sentir tan mal como cuando vio a los niños en la calle jugando a los “guerrillos”. Héctor, un retornado del covid19 estuvo 18 días en un refugio, en el que tenía apenas tres minutos para usar el baño.